

HISPANIOLA, 63

LIBRO DE FAMILIA

© De los textos, Rafael Maldonado

© Prólogo de, Manuel Alberca

© Confluencias, 2026

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: Leonardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-991434-2-3

Depósito legal: AL 947-2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

RAFAEL
MALDONADO

LIBRO DE FAMILIA

Crónicas de un linaje

Prólogo de
Manuel Alberca



A mi abuela Victoria, que me educó
para un mundo desaparecido, y que
ya sólo existe en la memoria y en
la literatura.

In memoriam

Y a mi primo Celso, que ya nos espera
al otro lado de los portarretratos.

*Pero la verdad es que somos, por lo general,
criaturas nacidas en los intersticios de las
clases y las divisiones sociales, casi siempre en
el espacio decadente entre la aristocracia y la
alta burguesía, el lugar social de los genios y de
los locos, con los que se puede simpatizar.*

Pessoa

*A los antepasados de mi sangre y de
mis sueños he exaltado y cantado.*

Borges

*La tradición de todas las generaciones muertas
oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.*

Marx

*Yo, además, prohibiría los retratos si pensara
en algún momento en conseguir un mundo
igualitario, y no sólo porque la forma de vestir
que se descubre en los retratos revela la clase,
sino porque hay una flexibilidad especial en los
gestos, en la mirada, que sólo la gimnasia de la
clase repetida durante generaciones transmite.*

Rafael Chirbes

*Somos herederos del pasado, contamos con el
futuro como nuestra forma natural de volver atrás.*

William Hazlitt

LIBRO
DE FAMILIA

PRÓLOGO

[UNA FAMILIA FELIZ]

A cualquier escritor que se proponga contar la vida de sus ancestros familiares, aunque sea de un modo tan original y desinhibido como lo hace Rafael Maldonado en este libro, le resultará imposible eludir la sentenciosa frase, hecha ya proverbio, con la que Tolstói comienza la novela *Anna Karenina*: «Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su manera». Rafael ha aceptado el desafío de sacar de la tumba a sus tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, tíos y tías, que le precedieron en la línea del tiempo y, en consecuencia, se ha visto obligado a elegir por fuerza entre las dos opciones que señala el escritor ruso: hacer con la historia familiar un relato feliz o, por el contrario, un cuento desgraciado.

Para rescatar del olvido la historia de su familia y agitar su pasado, para defender el derecho de pertenencia y propiedad, como una parte más de la herencia recibida, también para buscarse a sí mismo en las almas de sus predecesores y para reconocer las deudas sentimentales y literarias con ellas, Rafael Maldonado ha elegido resueltamente la primera opción, componiendo un libro de familia legendario, una mitografía, donde se mezclan «poder, autoridad, riqueza y locura». Así lo anuncia y lo defiende el preludio del libro que el lector tiene en las manos: «Es ahora habitual enorgullecerse de los orígenes humildes, y me preguntaba por qué no iba a estar yo orgulloso de mis orígenes si estos eran acomodados». Para ello, en alguna ocasión, recurre a la *auctoritas* de Chesterton: «Coincido con Chesterton en que la auténtica aristocracia está en baja forma ...[...]... un burgués actual no se atreve a alabar a sus propios antepasados durante una cena, porque sería un insulto al resto de la mesa, llena de nuevos ricos que tienen mucho dinero, pero no tienen antepasados. Así las cosas, sigamos con los míos». Queda claro que, a nuestro autor, no le duelen prendas ni le importa sostener

un relato en las antípodas de lo políticamente correcto, porque está convencido de que no se debe claudicar ni esconder el orgullo de pertenecer a una familia feliz, aunque esto no sea hoy moneda de curso legal, y so pena de ser considerado sospechoso de clasismo.

Cabría esperar que el autor, pertrechado de la memoria y del archivo familiar, en particular de las fotos a las que me referiré luego, se hubiese propuesto hacer un testimonio fidedigno, comprometido con la «verdad», en fin, una crónica histórica de la familia. Nada de esto se encontrará aquí. Maldonado sabe que la recuperación exacta del pasado es imposible o está condenada, de antemano, al fracaso. En consecuencia, ve lo real en modo poético y lo sostiene con una mirada literaria. Se confía a la literatura, es decir, se sitúa en el terreno de lo verosímil, que, por fuerza, resultará ambiguo y, al tiempo, incontestable. No hay aquí certezas, sino preguntas, suposiciones o vibraciones de la incertidumbre, que motivan nuevas dudas acerca de lo que no es posible llegar a conocer. Entonces, ¿cómo recuperar las sombras y fantasmas del pasado? Rafael se sirve del poder de la imaginación y de la libertad que le

dispensa el arte. Sobre todo, de las armas que la literatura y el cine le proporcionan. Imaginar lo que no se sabe, ni se puede llegar a saber, permite ir, de la mano de la ficción, más allá de lo que por medios lógicos o factuales se puede conseguir.

Cuando se proponga, en la viñeta inicial del libro, retratar o explicar, por ejemplo, el poderío misterioso que irradia la figura del tatarabuelo paterno, don Francisco Fernando Miguel, origen de la saga de los García, no encontrará una manera más real ni fiel, con el aura de admiración que le provoca, que denominarlo «el Gatopardo», como el personaje de la novela de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, dotándolo de las mismas cualidades patricias y patriarcales que el principesco personaje de los Salina. También, cuando contemple las contadas fotos conservadas de este tatarabuelo, no verá a su ancestral antepasado, sino al actor norteamericano Burt Lancaster, con sus pobladas y luengas patillas decimonónicas, quien, bajo la dirección de Luchino Visconti, encarnaría al personaje de la novela de Lampedusa en el film homónimo. Del mismo modo,

La Noria, la finca de los García, situada en el entorno de la localidad malagueña de Coín, será su particular palacio de Donnafugata, próximo a Ragusa en el sur de la isla de Sicilia. Es decir, como el propio autor se encarga de explicar: «Como carezco de la minuciosidad de los datos [], he optado por la literatura. Y que me perdone el lector si algo no se ajusta, con milimétrica escurpulosidad, a la verdad, pues yo no conozco otra verdad que la literaria». El reto del autor es, por tanto, dar carta de naturaleza creíble, a lo que, sobre todo, es un magnífico ejercicio literario.

Aunque Maldonado utiliza las fotos, introducidas en el texto, como prueba documental, y comenta las imágenes, sabe que «las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos» (Valle-Inclán *dixit*). O lo que es lo mismo, las cosas y las personas (o los hechos en los que estas intervienen) no son por fuerza lo que parecen, sino que las imaginamos y las reconstruimos constantemente y, en cada revisión o vuelta, añadimos, quitamos o cambiamos algo, guiados por la caprichosa memoria y conducidos por la no siempre lógica

razón de la escritura. Dice Roland Barthes que aunque «la fotografía es el arte referencial por excelencia», nunca da cuenta de lo que es, sino de lo que fue. Ocupa, por tanto, el espacio de la muerte, y lo que nos restituye es la presencia de los muertos. Además, para Barthes, la fotografía no tiene un valor testimonial, sino un valor íntimo que punza, con un detalle concreto y de modo inexplicable, la sensibilidad del *spectator*. Es lo que el escritor francés llamaría el *punctum*.

Para levantar esta historia de familia, Maldonado se ha servido de las fotografías, pero de manera paradójica, porque las fotos necesitan de ese detalle motivador para que la imagen, muerta y suspendida en el pasado, cobre vida y sea capaz de agitar un relato, y ese relato es lo que la literatura aporta a la imagen. Los antepasados, como espectros congelados, perduran en los retratos, y el autor dialoga con ellos a través de las fotos, porque estas, por sí solas, no bastan. Las imágenes, al contrario de lo que el lugar común sostiene, no hablan, ni valen más que mil palabras, porque aquellas, sin un relato que las anime, no resultan elocuentes.

Hay que hacerlas hablar, es preciso desvelar las historias que se esconden tras ellas. De eso trata también este libro, y Maldonado lo hace magistralmente.

El libro tiene, además, un valor añadido para los lectores de los libros anteriores de Rafael Maldonado. Con frecuencia, al hilo de las distintas viñetas, el autor se refiere a la relación de sus relatos, novelas o personajes de ficción con sus familiares y con los hechos por ellos protagonizados. Así, cuando habla del argumento de su primera novela, *El traperero del tiempo*, o de la última, *Bárbara Gunz*, el autor revela la deuda con las personas de su familia que las inspiraron. De este modo, el libro se convierte en un pilar comprensivo, tal vez sin que se pretendiese, a partir del cual los lectores pudieran considerar el conjunto de la obra de Maldonado, la publicada y la venidera, como un «espacio autobiográfico», en el que las sospechas del lector y las posibles coincidencias biográficas quedarían integradas con una coherencia factual y literaria. El concepto de «espacio autobiográfico» no se corresponde con lo que se conoce como inspiración

autobiográfica, sino con una estrategia orientada a constituir un juego, plural y cambiante, de imágenes ficticias, en las que es posible reconocer la realidad biográfica del propio autor de manera fantasmática. Para poder establecer un «espacio autobiográfico» es necesario que haya, al menos, un texto fundado en el «pacto autobiográfico». En el caso de Rafael Maldonado, este libro permite trazar una línea de correspondencia entre lo real y sus ficciones.

Sostiene el autor que *Libro de Familia* es un ejercicio literario y, por supuesto, es así, y no es poco. Pero yo me permito añadir que este libro es también un ejercicio íntimo y, hasta cierto punto, inevitable, porque el conocimiento de la genealogía, esa «obsesión con aquellos que se marcharon incluso muchos años antes de que él naciera», que el padre del autor no entiende y hasta le reprocha, responde a la necesidad que tiene Maldonado, y tenemos todos, de conocer nuestra propia genealogía familiar, es decir, nuestro origen, independientemente de la manera y el sentido con que cada cual lo gestione. La razón resulta, en principio, muy

sencilla: saber, como decía el poeta, de dónde venimos, para intuir a dónde vamos.

Con la singularidad señalada, este libro forma parte de la familia de los llamados «relatos de filiación», relatos que han experimentado un auge creciente en las últimas décadas, siendo su origen lejano, como lo es casi siempre todo lo humano en literatura. No deja de ser paradójico que, cuando la familia tradicional se rompe por sus costuras y sobrevive en un equilibrio inestable, este tipo de relatos goce de tan alto predicamento literario. No es menos cierto que se canta lo que se pierde, pero no es menos veraz que la familia, aquejada de crisis permanente, parece disfrutar de una buenísima mala salud. Se pueden aducir muchos motivos para la vigencia de esta literatura, y ninguno puede considerarse único ni predominante: todos juntos y de manera parcial nos explican este éxito. No en vano el ser humano está casi siempre instado a conocer sus orígenes, que la familia es la primera plataforma social en la que nos insertamos al nacer, y no menos cierto que sus virtudes, faltas y limitaciones influyen en nuestras vidas. Y, sobre todo, porque cada

Manuel Alberca

familia encierra una novela y un misterio por desvelar. La búsqueda del autor nos muestra que su búsqueda podría también ser la nuestra, y servirnos para abrir la cerradura de nuestros arcanos familiares. Rafael Maldonado acomete esta difícil indagación con lucidez y rigor literario, y lo consigue plenamente.

Manuel Alberca

PRELUDIO

Es conocido el dictorio de Ortega y Gasset, el *ortegajo*, en feliz expresión de Ferlosio, donde el filósofo madrileño asevera que «O se hace precisión o se hace literatura o se calla uno». Yo, ante esta extrema y cruel disyuntiva, como carezco de la minuciosidad de los datos necesaria para hacer de este libro un texto ensayístico-memorialístico de no ficción, he optado por la literatura. Y que me perdone el lector si algo no se ajusta, con milimétrica escrupulosidad, a la verdad, pues yo no conozco otra verdad que la literaria.

Dice el Nobel Jon Fosse que en determinado momento su cabeza se abrió y empezó a entender la poesía del lenguaje religioso y de lo religioso en el ser humano, y que eso lo